
La Bella y la Bestia,
una Navidad encantada
Los Clásicos
Disney
Gaviota

Disney

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada



Ediciones Gaviota



Era la primera Navidad en el castillo desde que la Bestia había vuelto a ser Príncipe gracias al amor de Bella. El siniestro encantamiento se había roto y se estaba preparando una gran fiesta. Se había invitado a todos los habitantes del pueblo.



Ahora, los objetos del castillo habían vuelto a ser humanos. Lumier y Dindón estaban muy atareados poniendo la gran mesa del salón de banquetes, y ¡peleándose, como de costumbre! La mesa estaba quedando preciosa, adornada con acebo y muérdago, brillantes copas y cubiertos de plata relucientes. El joven Chip correteaba muy nervioso alrededor de la mesa, molestando a Dindón. La señora Potts le regañó:

—¡Vamos, Chip, pórtate bien o mañana no tendrás regalos!



—¡Es estupendo volver a celebrar una Navidad! —dijo Lumier.
—¡La del año pasado fue bastante buena! —exclamó la señora Potts.
—Sí; aunque si no hubiera sido por mí… —dijo Dindón.
—¡Por ti! ¡Fui yo quien salvó la situación! —exclamó Lumier.
—¡Eh, no volváis a empezar! —dijo la señora Potts.
—¡Por favor, mamá, cuéntanos la historia! —gritó Chip.
—De acuerdo —dijo la señora Potts, sentándose junto al fuego mientras los demás se reunían a su alrededor.



La señora Potts empezó la historia:
—Todo comenzó poco después de que Bella intentara huir del castillo y la Bestia la salvara de los lobos. Recuerdo que Lumier comentó lo guapa que estaba Bella…
—¿Tú creías que ella era la muchacha adecuada, mamá?
—la interrumpió Chip.
—Todos esperábamos que Bella pudiera romper el maleficio y conseguir que la Bestia volviera a convertirse en Príncipe…
—contestó la señora Potts.



La señora Potts continuó:
—Entonces, Bella entró corriendo en la cocina y exclamó:
—¿Sabéis qué día es hoy? ¡24 de diciembre, víspera de Navidad!
—Sí —dijo Lumier—. ¡Y un día perfecto para ir a patinar!
El perchero le puso un abrigo sobre los hombros y el colgador le tendió unos patines de hielo. Todos le dijimos:
—¡Que te diviertas! —y ella se fue…



En el jardín, Bella dijo a la Bestia:
—¡Hace un día precioso! Voy a patinar al río helado. ¡Por favor, ven conmigo!
Los sirvientes le animaron.
—¡Vaya, amo! —gritó Chip.
Bella le cogió de la mano cuando él pisó el hielo con cuidado. Luego le enseñó a darse impulso primero con un pie y después con otro.
—¿Lo ves? ¡Es fácil! ¡Un-dos-tres! ¡Un-dos-tres! —la muchacha deseaba ardientemente divertir a la Bestia y hacerle olvidar su soledad…



Mientras, en una habitación, un órgano sonaba. Con las últimas notas, un flautín aplaudió:
—¡Bravo, maestro Forte!
—¡Gracias, Fife! —dijo el órgano—. Pero me ha parecido oír risas. ¿Qué ocurre?
—¡El amo está patinando con esa muchacha! ¡Quizá se enamoren y se rompa el maleficio! —explicó Fife.
—¡Nadie me va a quitar el puesto! —dijo el maestro—. ¡El amo necesita mis melodías para consolarle! ¡Fife, haz que ese amor se marchite y obtendrás tu propio solo!



Fife bajó al jardín y se acercó al río sin que le vieran.
Mientras Bella y la Bestia se deslizaban cogidos de la mano, tiró de la capa de la Bestia y ¡los dos patinadores cayeron al suelo! Se levantaron riendo. Bella miró la huella que había dejado su cuerpo en la nieve y sonrió:

—¡Parece un ángel! ¡Un ángel de Navidad!

La Bestia se quedó mirando la suya y rugió:

—¡Pero ésta no es un ángel! ¡Es la huella de… un monstruo!

Y se fue hacia el castillo. Fife se frotó las manos.

—¡El maestro Forte estará orgulloso de mí!



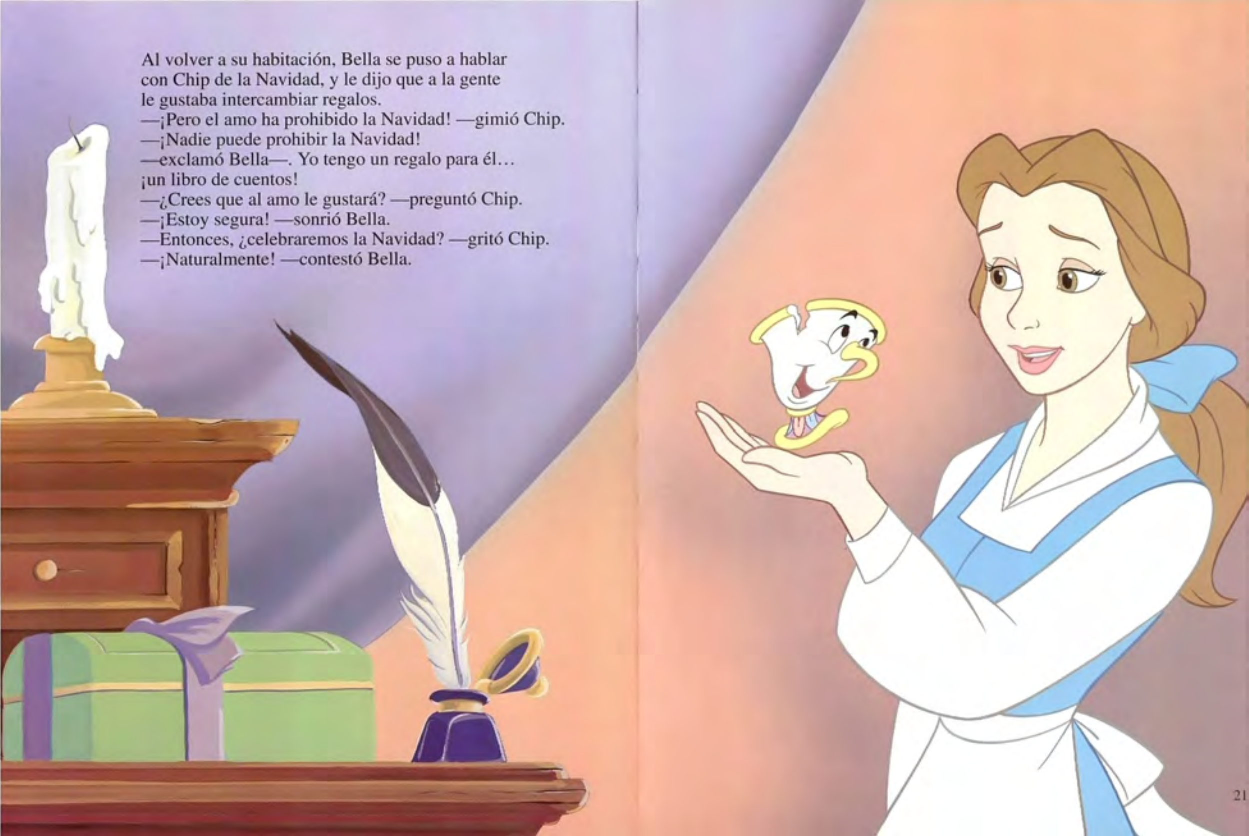
La Bestia se dirigió lentamente a sus habitaciones y se sentó, sumido en oscuros pensamientos, mientras el maestro Forte tocaba para él una melancólica melodía.

—¡Odio la Navidad! —murmuró la Bestia, enfadado.

—La música ayuda, ¿verdad? —susurró el maestro Forte.

—Me ayuda a olvidar… —suspiró la Bestia.

—No te preocupes, amo, yo estoy aquí, como siempre he estado y como siempre estaré —dijo en tono triunfal.



Al volver a su habitación, Bella se puso a hablar con Chip de la Navidad, y le dijo que a la gente le gustaba intercambiar regalos.

—¡Pero el amo ha prohibido la Navidad! —gimió Chip.

—¡Nadie puede prohibir la Navidad! —exclamó Bella—. Yo tengo un regalo para él… ¡un libro de cuentos!

—¿Crees que al amo le gustará? —preguntó Chip.

—¡Estoy segura! —sonrió Bella.

—Entonces, ¿celebraremos la Navidad? —gritó Chip.

—¡Naturalmente! —contestó Bella.

Bella y Chip bajaron las escaleras corriendo para contar su idea a los demás.
—¡Rotundamente, no! —exclamó Dindón—. ¡El amo ha prohibido la Navidad!
Los sirvientes protestaron. Bella se unió a su protesta.
—¡Un poco de alegría navideña le sentaría muy bien!
Finalmente, Dindón accedió.
—¡Oh, de acuerdo, de acuerdo! ¡Pero mantenedlo en secreto! ¡El amo no debe saber que hacemos planes a sus espaldas!





Subieron todos al ático a coger los adornos de Navidad.
—¡Sé quién puede ayudarnos! —dijo Lumier—. ¡Sígame, señorita!
Le presentó a Angelique, la decoradora, y Lumier le explicó:
—¡Haremos una fiesta de Navidad muy bonita!
Angelique no podía creerlo.
—No nos hagas tener esperanzas y que luego se esfumen… No quiero sufrir otra desilusión…
Pero Bella la convenció para que les ayudara.
Fife fue tras ellos sigilosamente…



En el gran salón, todos se pusieron manos a la obra alegremente. ¡Qué emocionante era volver a hacer preparativos para la Navidad! Dindón y la señora Potts llevaron soperas, platos y vasos; Lumier y Angelique los brillantes adornos y las velas, y lo amontonaron todo para adornar un maravilloso árbol de Navidad. Cuando Lumier se lo enseñó a Bella lleno de orgullo, Chip exclamó:

—¡Va a ser la Navidad más bonita de nuestra vida!



Bella buscó todos los objetos para que la fiesta de Navidad fuera perfecta. Fife estaba espiando y oyó a Dindón decir:
—¡El amo no debe descubrirlo! ¡Se pondría furioso!
Esto dio una idea a Fife y salió corriendo para contar al maestro Forte lo que estaba ocurriendo…



Cuando el maestro Forte se enteró de todo, supo cómo lograr que la Bestia se enfadara.

—Amo, la joven está preparando una fiesta de Navidad.

—¿Navidad? ¿Pretende celebrar la Navidad? —dijo la Bestia.

—¡Sí, amo! Es horrible, ¿verdad?

—Seguramente no sabe lo que opino de la Navidad…

Pero el maestro Forte contestó maliciosamente:

—¡Ella no se preocupa por ti como yo! Fue en Navidad cuando nuestra vida terminó…

Y le recordó lo que ocurrió hacía muchos años…



La Bestia recordó aquella Navidad antes de convertirse en monstruo… Estaba de mal humor, como siempre, y ni siquiera se había molestado en dar las gracias a los sirvientes por sus regalos. El maestro Forte, compositor del palacio, había compuesto una pieza en su honor, pero lo único que el Príncipe dijo fue:

—¡Qué música tan lúgubre, Forte!

En ese momento, alguien llamó a la puerta del castillo…

En la puerta había una anciana mendiga con una rosa en la mano. Pidió al Príncipe que la dejara pasar la noche en el castillo a cambio de la rosa. El príncipe, viendo su horrible aspecto, se negó.

—¡Márchate, vieja bruja! —dijo bruscamente.

—No te fíes de las apariencias, porque la verdadera belleza está en el interior… —le advirtió la anciana.



Pero el Príncipe la miró con desprecio. En realidad, la mendiga era un hada muy hermosa que convirtió al Príncipe en una espantosa bestia para que aprendiera a amar y a ser amado. Luego, a los habitantes del castillo los convirtió en objetos domésticos.





Bella bajó al cuarto de las calderas, donde se encontró a Axe, el hacha. La muchacha sonrió y se presentó.
—¡Soy Bella, estoy buscando un tronco de Navidad para nuestra fiesta!
Axe le hizo una reverencia.
—¡Encantado! ¡Por favor, coja el que más le guste!
Bella se puso a buscar un tronco que le sirviera para encender el fuego de la chimenea el día de Navidad.



—¿Qué escondes a la espalda? —dijo la Bestia.
—Yo…, yo elegía un tronco de Navidad… ¡es una tradición! Todos los de la casa lo tocan y piden un deseo.
—¡Los deseos son una estupidez! —gruñó la Bestia.
—Yo los seguiré formulando… —susurró Bella.
—¡No habrá Navidad! —ordenó la Bestia.
—¡No pienso rendirme! —respondió ella.



Decidida a no dejar que la Bestia estropeara sus planes, Bella esperó a que se diera la vuelta y se dirigió sin hacer ruido al ala oeste. Allí, puso el paquete con el regalo especial que tenía para él, en la mesa junto a la rosa.
Chip vigilaba la puerta.
—¡Psst! ¡El amo vuelve, date prisa! —susurró de repente.
Entonces salieron corriendo de la habitación y fueron a elegir un árbol de Navidad.



Lumier encontró a su amo mirando a Bella desde la ventana.
—Es guapa, ¿verdad? —murmuró Lumier.
—Y yo horrible… —contestó la Bestia con tristeza.
—¡Y además, cascarrabias! —añadió Lumier en voz baja.
—¿Qué es eso? —dijo la Bestia viendo el paquete.
—¡Parece un regalo de Navidad… de Bella!
—sonrió Lumier—. ¡Eso quiere decir
que usted le importa! ¡Ahora tiene
que regalarle algo a ella!



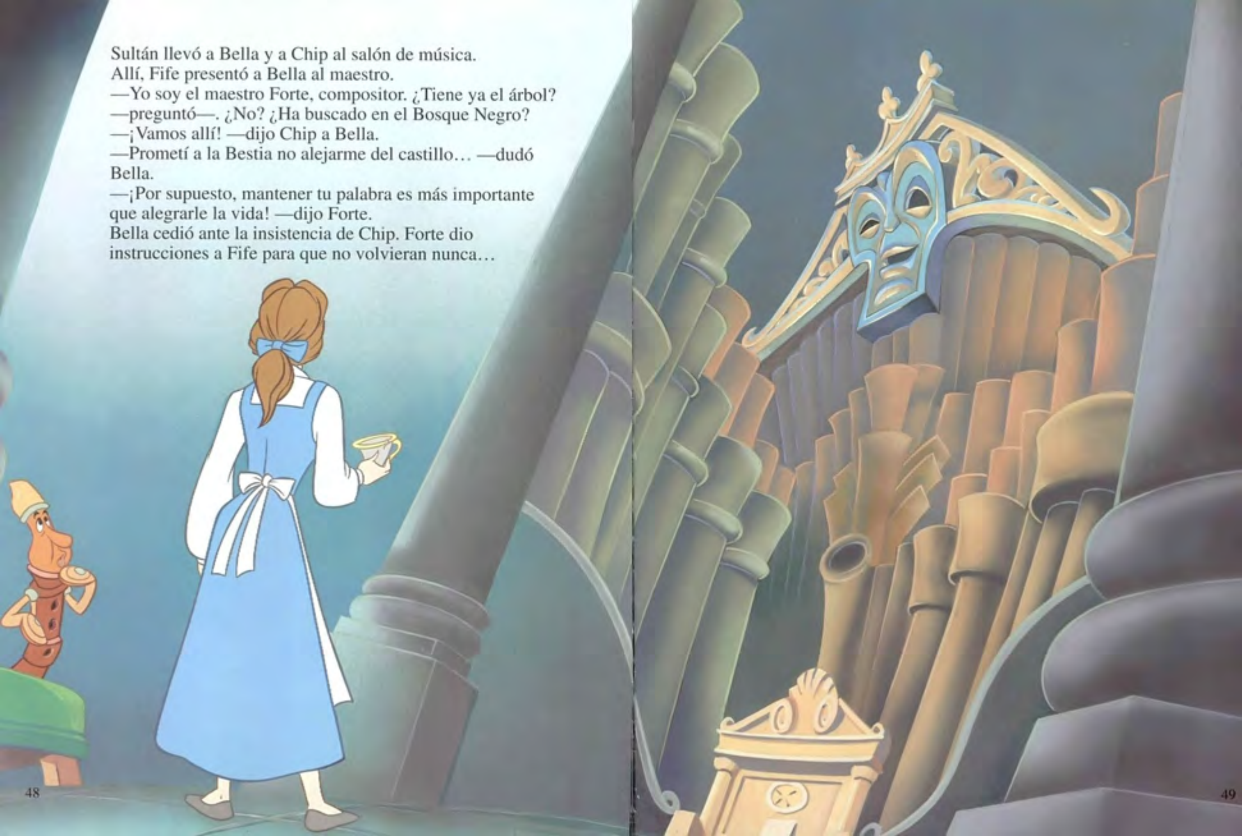
Cerca del castillo, Bella, Chip y Sultán, el perro, buscaban un árbol de Navidad, y llevaron a Axe para que lo cortara. Pero ninguno de los árboles del jardín les gustó. Rechazaron todos, hasta que Bella se detuvo frente a uno.

—¡Eso no es más que un hierbajo que pretende ser un árbol! —dijo Chip con desprecio.

—¡Pues tendrá que servir, Chip! —sonrió Bella.

De repente, escuchó una inquietante melodía.

—¿De dónde viene esa música? ¡Es preciosa!



Sultán llevó a Bella y a Chip al salón de música.
Allí, Fife presentó a Bella al maestro.
—Yo soy el maestro Forte, compositor. ¿Tiene ya el árbol?
—preguntó—. ¿No? ¿Ha buscado en el Bosque Negro?
—¡Vamos allí! —dijo Chip a Bella.
—Prometí a la Bestia no alejarme del castillo… —dudó Bella.
—¡Por supuesto, mantener tu palabra es más importante que alegrarle la vida! —dijo Forte.
Bella cedió ante la insistencia de Chip. Forte dio instrucciones a Fife para que no volvieran nunca…



Mientras, la Bestia había tenido una idea para el regalo de Bella, y estaba impaciente por ver si le gustaba. Ordenó a Dindón que fuera a buscarla.

—¡Encuentra a Bella! Tiene que oír una canción que he compuesto para ella.

—¡Muy bien, amo! —dijo Dindón, corriendo a buscar a Bella. Recorrió todo el castillo, ¡pero en vano! Bella no aparecía por ninguna parte…



Dindón entró corriendo y jadeando en el salón de banquetes.
—¿Dónde está Bella?
—La última vez que la vi estaba con Chip. ¡Fueron a buscar un árbol por los alrededores del castillo! —dijo la señora Potts.
De repente, oyeron a la Bestia gritar:
—¡Dindóóóón, estoy esperandoooo!
—¡Señora Potts! —dijo Dindón—. ¡Entretenga al amo mientras Lumier y yo buscamos por el castillo y el jardín!



Lumier y Dindón empezaron la búsqueda. ¿Dónde podía estar Bella? Siguieron sus huellas en la nieve, sin atreverse a regresar al castillo y enfrentarse a la furia de la Bestia… Se hizo de noche y la Bestia seguía esperando, cada vez más furioso. Lumier y Dindón oyeron que su amo llamaba a gritos a la señora Potts.
—¡Señora Poootts! ¡¿Dónde está esa chica?!



La señora Potts se dirigió a la habitación de la Bestia.
—¿Dónde está Bella? —rugió la Bestia—. ¡El maestro Forte ha escrito una canción para ella y quiero que la oiga!
La señora Potts le ofreció una taza de té. La Bestia la miró con desconfianza.
—¿Está tratando de cambiar de tema, señora Potts? ¡¿DÓNDE ESTÁ BELLA?!
—Oh, señor… nosotros… ¡No la encontramos! —balbuceó la señora Potts.



La Bestia corrió hacia la mesa, cogió el espejo mágico y rugió:
—¡Muéstrame a Bella!
Apareció su imagen, y se dirigía al bosque.
—¡Iré a buscarla! —gritó la Bestia.
—¡No! —chilló el maestro—. ¡Ella te ha abandonado! ¡Olvida a esa chica!



La Bestia, creyendo que Bella le había traicionado, se puso fuera de sí, lleno de rabia y desesperación. Bajó corriendo al salón de banquetes y vio los preparativos de la fiesta. Lanzó por los aires los adornos de Navidad de un terrible manotazo. Angelique, muy triste, agachó la cabeza:
—Sabía que era inútil…

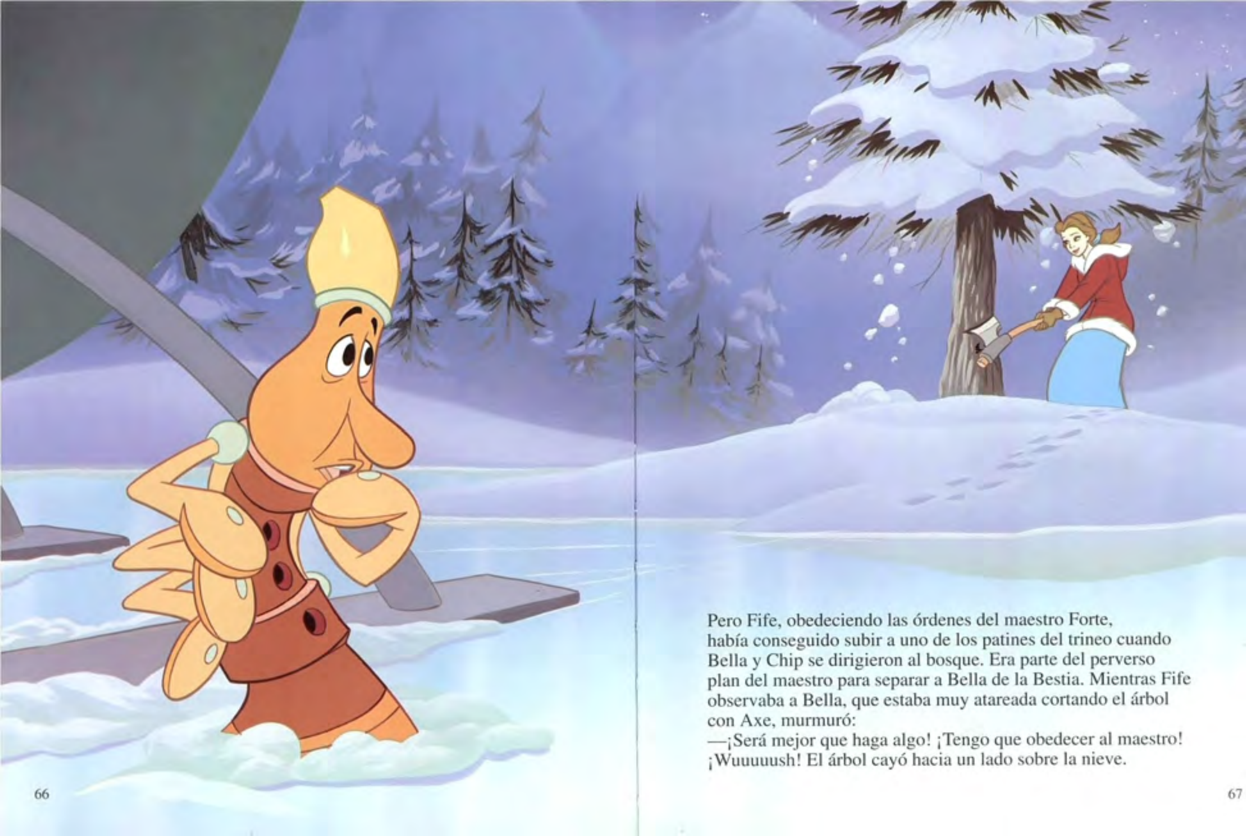


Mientras, Bella había atado a su caballo Philippe al trineo y se dirigía al Bosque Negro, con Chip, a buscar un árbol de Navidad. La Bestia se enfadaría si descubría que le había desobedecido. Los lobos aullaban a lo lejos, pero Bella y Chip no se dieron cuenta; acababan de ver un árbol al otro lado de un río helado.

—¡Qué árbol más bonito! —gritó Chip.



Lumier y Dindón atravesaron el bosque con dificultad siguiendo las huellas de Bella. Bajaban a toda velocidad, como verdaderos trineos, por los caminos nevados para alcanzar a la joven, esperando llevarla de vuelta antes de que la Bestia se enfadara demasiado… Lumier, tan optimista como siempre, se burlaba de su amigo Dindón, que no podía evitar preocuparse por Bella.



Pero Fife, obedeciendo las órdenes del maestro Forte, había conseguido subir a uno de los patines del trineo cuando Bella y Chip se dirigieron al bosque. Era parte del perverso plan del maestro para separar a Bella de la Bestia. Mientras Fife observaba a Bella, que estaba muy atareada cortando el árbol con Axe, murmuró:

—¡Será mejor que haga algo! ¡Tengo que obedecer al maestro!

¡Wuuuuush! El árbol cayó hacia un lado sobre la nieve.



Bella ató el árbol al trineo y dio la vuelta a Philippe para que cruzara el río helado y regresara al castillo. De repente, Fife apareció justo bajo los cascos de Philippe.

—¡Hola, Bella!

—¡Fife! ¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó Bella sorprendida.

—¡Bueno, esto…, a veces me gusta salir a dar un paseo por el bosque para estirar las piernas…! —se rió Fife disimulando. Al reírse, lanzó una nota estridente y el pobre Philippe retrocedió asustado.



Philippe cayó pesadamente sobre el río helado. ¡Sus afilados cascos rompieron la superficie y el hielo se partió en enormes bloques! Philippe se alejó flotando sobre uno de ellos mientras Bella y el trineo se quedaban atrapados en otro, ¡y el pobre Chip caía al agua helada!



Philippe consiguió mantener el equilibrio y llegó tambaleándose a tierra firme. Chip llamaba desesperadamente a Bella para que le ayudara. La muchacha saltó de un bloque de hielo a otro para intentar cogerle. Cuando estaba a punto de agarrarle, la tacita tragó mucha agua. Le arrastró un remolino y se fue derecho al fondo…



Bella reaccionó rápidamente.
—¡Ya voy, Chip! —dijo lanzándose al agua y buceando bajo la superficie para salvar a su amiguito. El agua estaba helada y oscura como boca de lobo, pero una hilera de burbujas la condujo hasta Chip. Consiguió agarrarle, y juntos nadaron hacia la orilla.



Cuando Bella llegó a la orilla del río, jadeando, encontró a Lumier, Dindón y Fife esperándola, y también a Axe. El pobre Chip echó el agua que había tragado. Mientras todos suspiraban aliviados, Bella, que estaba agotada, resbaló y cayó al agua helada…



¡El hielo se cerró sobre ella y Bella no podía encontrar la salida! Intentó romper el hielo, pero pronto dejó de luchar y se dejó llevar hacia las profundidades… Mientras sus amigos gritaban pidiendo ayuda, de repente apareció la Bestia. ¡Rompió el hielo y se sumergió en el agua para rescatar a Bella!

Lumier gritó de alegría cuando la Bestia salió del río con Bella en brazos; los dos estaban empapados. Los amigos de Bella se pusieron contentísimos de verla sana y salva, pero la Bestia les ignoró y volvió al castillo andando pesadamente.

—¡Oh, no! ¿Qué he hecho? —murmuró Fife.

—Todos tenemos un poco de culpa por habernos atrevido a querer celebrar la Navidad… —intentó consolarle Lumier. Entonces volvieron muy tristes al castillo.





Furioso, porque creía que Bella había intentado escapar, la Bestia la metió en una mazmorra del castillo y gritó:

—¡Dijiste que nunca te marcharías!

—¡No intentaba marcharme! —protestó Bella—. Sólo quería hacerte un poco feliz…

La Bestia no quiso escucharla.

—¡Por romper tu promesa te pudrirás en la mazmorra para siempre!

—Debí comprender que nunca serías otra cosa… que una bestia… —susurró Bella amargamente.



Bella estaba sentada, en la oscuridad, cuando oyó un ruido en la puerta. ¡Sus amigos habían ido a animarla y a desearle feliz Navidad! ¡Hasta Angelique y los adornos habían ido a verla! Belle sintió que se le rompía el corazón.

—Lo siento mucho, de verdad…

Angelique se acercó a ella.

—¡Te dije que no serviría de nada! Pero…, ¡estaba equivocada! ¡Siempre existirá la Navidad mientras mantengamos la esperanza…!



En su refugio, la Bestia escuchaba los malvados consejos del maestro Forte.

—¡Amo! ¿Por qué te atormentas? ¡Destruye la rosa! Acaba con la maldición y dejarás de sufrir para siempre. ¡Aplástala!

Pero cuando levantó la mano para romper la urna de cristal, la Bestia vio el regalo de Bella.

—¡Oh, Bella…! —murmuró. Cogió el paquete y lo desenvolvió.

—¿Qué es, amo? —dijo en tono despectivo el maestro Forte—. ¡Un libro de cuentos, qué horror!

—¡No! ¡Es de Bella! —contestó gruñendo la Bestia.



La Bestia se sentó a leer el libro. El maestro Forte intentó seguir haciendo comentarios maliciosos, pero la Bestia no estaba dispuesta a oírlos.
—¡Cállate, quiero leer!
Y se sumergió en el libro de Bella. Trataba de un castillo encantado, de su cruel y despiadado dueño y del dulce regalo de la esperanza… Profundamente conmovido, la Bestia fue a ver a Bella, sin hacer caso de los gritos del maestro Forte.
—¡No, amo, regresa!



Al oír los pesados pasos de la Bestia acercándose a la mazmorra, Chip dijo:
—¡Oh, el amo!
Los demás sirvientes se pusieron a temblar de miedo.
Pero la Bestia abrió la puerta y tendió las manos a Bella.
—¡Bella! ¿Me perdonas?
—¡Claro que sí! ¡Feliz Navidad! —sonrió Bella.
Todos dieron gritos de alegría, y Lumier exclamó:
—¡Hagamos que Bella tenga la Navidad que siempre deseó!



El maestro Forte estaba furioso por haber fracasado en el intento de separar a la Bestia de Bella.

—¡Estupendo! ¡La Bestia consigue a la chica, la chica rompe el maleficio..., y yo ya no hago falta! ¡Dejo de ser importante! ¡Quedo relegado...! ¡No lo puedo consentir!

Empezó a tocar su malvada melodía con todas sus fuerzas. La música fue subiendo de volumen cada vez más, y se hizo más y más violenta. ¡Era tan infernal que se derrumbaron las paredes!



La siniestra música del maestro Forte sacudió el castillo. Su rabia y sus celos eran tan monstruosos que se abrió una enorme grieta en la mazmorra entre Bella y la Bestia. Antes de que Bella pudiera saltarla, la grieta se hizo tan grande que no pudo agarrar la mano que le tendía la Bestia… La señora Potts, Lumier y Dindón se acurrucaron junto a ella.



Fife corrió al salón de música, gritando:
—¡Pare, maestro! ¿Qué está haciendo?
Se abrió un cajón y cayeron unas partituras.
Fife dio un grito ahogado de asombro:
—¡Oh, el solo que me prometió!
¡Está en blanco! ¡Era mentira!
—¡Eres un infeliz, Fife! —exclamó
el maestro Forte riéndose con maldad—.
¡No consentiré que se rompa el maleficio!
¡Seguiremos como estamos para siempre!



En la mazmorra, la Bestia consiguió colocar un tablón sobre la grieta para que Bella y sus amigos pudieran escapar. Lumier, Dindón, la señora Potts y Chip caminaron sobre él con mucho cuidado, intentando mantener el equilibrio mientras las paredes temblaban y caían piedras del techo…

—¡Tenemos que detener al maestro Forte! —gritó la Bestia.



La Bestia corrió a sus habitaciones seguido de Bella. Cuando llegaron a la puerta, las ondas de la potente música les hicieron echarse atrás tambaleándose.

—¡Forte, basta! —rugió la Bestia.

—¡Amo! ¿Por qué no estás cantando? ¿Es que esta música no es lo bastante alegre para ti? —rió con ironía el maestro Forte. Loco de rabia y de envidia, Forte sólo tenía un pensamiento en la cabeza: ¡destruir el castillo y a todos sus habitantes antes de consentir que Bella rompiera el maleficio!



De repente intervino Fife.
—¡Amo, el teclado! ¡Sin él no puede hacer nada!
La Bestia apretó los dientes y avanzó hacia él, agarró uno de los extremos del teclado de Forte y se lo arrancó.
—¡No, amo, no! —aulló el maestro.
El instrumento se rompió en mil pedazos entre espeluznantes y distorsionados acordes musicales.



Cuando Lumier y Dindón llegaron a las habitaciones de la Bestia, vieron que la rosa, en el interior de la urna de cristal, estaba a punto de caerse y romperse. Si se estropeaba la rosa, el maleficio seguiría para siempre… Horrorizados, consiguieron impedirlo en el último momento. Volvieron a colocar la flor sobre la mesa con mucho cuidado. Lumier respiró hondo.

—¡Fiúú! ¡Una vez más, tú y yo, viejo amigo, hemos salvado la situación!



Bella y la Bestia vieron cómo Forte
se derrumbaba lentamente
y se desintegraba, gimiendo lúgubremente.
Poco a poco, las paredes y los suelos
dejaron de temblar y el polvo empezó
a posarse. ¡El castillo se había salvado!
El malvado plan del maestro Forte
para conseguir que la Bestia
quedara prisionero para siempre
del maleficio había fracasado.



—Y así —dijo la señora Potts sonriendo a su entusiasmada audiencia—, ¡todo volvió a estar en calma y Bella pudo celebrar la Navidad, a pesar de todo! Angelique adornó el árbol y lo dejó precioso, y el castillo se sintió feliz por primera vez en mucho, mucho tiempo… Bella había logrado revivir el espíritu de la Navidad en todos nosotros y ¡especialmente en la Bestia!



—¡Fue una fiesta maravillosa…! Porque, si alguien salvó la Navidad, ¡fue Bella! —suspiró la señora Potts.
En ese momento, Bella y el Príncipe se reunieron con todos sus amigos alrededor del árbol. Tenían un regalo para Chip: ¡un libro de cuentos! El Príncipe se volvió hacia Fife.
—Maestro, viejo amigo, ¿nos hace el honor?
Fife hizo una reverencia sonriendo y tocó un alegre villancico que él mismo había compuesto.

Bella y el Príncipe dejaron a sus amigos abriendo los regalos que habían colocado bajo el árbol y salieron al balcón a contemplar la noche llena de estrellas. Bella abrió el regalo del Príncipe: una delicada rosa… Tan perfecta y tan hermosa como el amor que sentían el uno por el otro.

1998 EDICIONES GAVIOTA, S. L.
Manuel Tovar, 8
28034 MADRID (España)

ISBN: 84-392-0027-7
Depósito legal: LE. 1.729-1998
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. L.



Los Clásicos Disney

Todos los títulos de esta magnífica colección, **Los Clásicos Disney,** ofrecen a los pequeños lectores la mayor selección de momentos e imágenes de cada éxito cinematográfico Disney. Con textos pensados para lectores ya iniciados, estos libros forman la más completa y atractiva biblioteca sobre películas Disney de animación.

Títulos de la colección

La Bella y la Bestia, una Navidad encantada
Mulán • Hércules • Pocahontas
El jorobado de Notre Dame • Goofy e hijo
El regreso de Yafar • El Rey León
La Sirenita • La Dama y el Vagabundo
Aladdín • Bambi • 101 Dálmatas • Dumbo
La Bella durmiente • La Cenicienta
Los Aristogatos • Los Rescatadores
Oliver y su pandilla • Peter Pan
La Bella y la Bestia • El libro de la selva
Blancanieves • Robin Hood
Alicia en el País de las Maravillas
Tod y Toby • Tarón y el caldero mágico
Basil, el ratón superdetective
Merlín el encantador • Pinocho
Los Rescatadores en Cangurolandia

EDICIONES Gaviota

